

La Misa De Manzoni

A LOS LITERATOS, *Febrero*

Por el P. Miguel Selga S.J. *17.1.1952*

Venturas
Cuando los revolucionarios franceses profanaban los templos y guillotinaban a nobles y plebeyos, Alejandro jugaba inocentemente en las calles y plazas de Milán. Cuando ochenta años más tarde los revolucionarios de Francia ensangrentaban de nuevo las calles de París, Alejandro Manzoni entusiasmaba las muchedumbres del pueblo italiano con la sonoridad de sus versos y el lirismo de sus cantos patrióticos. Es verdad que Alejandro, bajo la influencia de los escritos de su abuelo materno, e impregnado de volterianismo, hizo gala de sentimientos ultra revolucionarios, abiertamente ensalzados en su poema *El Triunfo de la Libertad*: es verdad que en 1808 Alejandro se casó con la protestante Enriqueta Blondel: pero no es menos cierto que, la fecha de la conversión de Blondel al catolicismo señala una nueva ruta en la vida religiosa, social y poética del

gran lírico italiano. Desde este momento, en él admirarán las generaciones futuras al cantor religioso de las fiestas católicas, al lírico eminente que, en lugar de vengarse enconadamente contra los decretos del vencedor, se somete con resignación cristiana a los designios de la providencia divina; al inmortal autor de la novela *Promessi Sposi*, cuyos protagonistas, sencillos campesinos de las cercanías de Como, sienten, como nadie, los infortunios de su patria, pero en medio de su amargura conservan la personificación del carácter noble, en quien Dios pone de manifiesto la fortaleza de la fe y la providencia amorosa que siempre vela por todos, el alma pura y noble del poeta se complace en meditar en torno al tabernáculo, en los templos de Milán. Su mente halla mística inspiración: en aquel agosto sacrificio que se ofreció en el santuario del Gólgota teniendo por techo la bóveda del cielo y por altar una cruz. La piedad de Manzoni ansiaba por asistir con frecuencia a misa, en cualquier iglesia, sabiendo que tan glorificado es Dios por el sacrificio ofrecido en el altar de bronce y mármoles de la catedral de Milán, como por la misa celebrada sobre el pobre altar de un templo de aldea. El inmortal poeta jamás consintió quedarse sin misa los domingos y días festivos y su muerte fue ocasionada por una caída que tuvo, siendo ya casi nonagenario, al subir la escalera de la iglesia de San Fidel, a donde iba para oír la misa en la mañana del 6 de enero de 1873.